

UNA MEXICANA RENUNCIA A TODO

[Pídale a una mujer que comparta esta historia en primera persona.]

Inspirada al leer historias misioneras, cuando tenía apenas 17 años, decidí que algún día dejaría mi hogar en Chiapas, México, para convertirme en misionera.

Recordé mi deseo de ser misionera luego de graduarme de la Universidad, pero no tenía dinero. Así que, caminando a casa una noche, oré: “Señor, quiero ser misionera y servirte, pero no puedo comprar el boleto de avión y mi familia tampoco tiene los recursos para ayudarme. Si deseas que sea misionera, ayúdame a conseguir trabajo para reunir el dinero, y yo prometo ir”.

Dos días más tarde, recibí una llamada del Hospital Adventista del Sureste, en Tabasco.

–Tenemos un trabajo para ti –dijo el hombre–. Queremos que vengas para entrevistarte.

El hospital me contrató como su dietista principal y me dieron la responsabilidad de planificar todas las comidas. Fue una respuesta increíble a mi oración y pensé: “Este trabajo me permitirá ahorrar dinero para ser misionera”.

Un año después, llené una solicitud de empleo en la página de Internet del Servicio Voluntario Adventista, y el director de la Escuela Adventista de Ebeye, en las Islas Marshall, aceptó mi solicitud.

Nuevamente, oré: “Señor, ayúdame a ir a Ebeye”.

Tres días antes de comprar el boleto aéreo, murió un tío. Surgieron varios asuntos financieros que atender y mi familia no tenía dinero para cubrirlos, así que entregué todos mis ahorros.

Llamé al director de la escuela y le expliqué que no tenía fondos para ir, y él lo entendió.

Esa noche, oré: “Señor, tú me has dado este sueño de ser misionera, ¿por qué no puedo cumplirlo? Aun trabajo para ti en el hospital, pero quiero ir al extranjero a ayudar”.

Un año después, de nuevo conseguí ahorrar dinero suficiente para ir a Ebeye. Pero entonces mi hermana tuvo un accidente en el que resultó gravemente herida, y nuevamente tuve que entregar mis ahorros y explicarle al director de Ebeye que no podría ir.

Pasaron dos años, y con el paso del tiempo dejé a un lado mis sueños misioneros. Tenía un buen trabajo con buena paga. Entonces, una noche antes de dormir, estaba haciendo planes para comprar un automóvil y una casa, cuando recordé Ebeye.

Aquella isla no salió de mi mente durante toda la semana. Recordé la promesa que le había hecho a Dios de convertirme en misionera, pero me justifiqué diciendo: “Trabajo en un hospital adventista, así que estoy cumpliendo con la obra. ¿Por qué debo dejar mi trabajo para ir a otro país?”

Mientras esperaba respuestas, solo podía pensar: “Ebeye, Ebeye, Ebeye”.



Nerly Macías Figueroa, 32

CÁPSULA INFORMATIVA

- En el idioma marshalés, una de las palabras más importantes es “yokue”, que es similar a “aloha” en hawaiano, que significa “hola”, “adiós” y “amor”.
- Hay tres escuelas adventistas en las Islas Marshall: una escuela primaria y una escuela secundaria en Majuro, y también una escuela secundaria en Ebeye, la segunda isla más grande.
- La primera escuela adventista en las Islas Marshall fue fundada en 1968 en la comunidad de Laura, en Majuro.

Así que, oré: “Señor, si tu deseo es que vaya a Ebeye, ayúdame a conseguir una visa de los Estados Unidos”.

La ruta más económica hacia Ebeye desde México es tomar un avión a Los Ángeles, California, y luego a Honolulu; pero, para poder hacer este viaje, necesitaba la visa de los Estados Unidos. Las demás rutas hacia Ebeye daban la vuelta al mundo y eran muy costosas.

No es fácil obtener visa de los Estados Unidos en México. Así que, llamé al director de Ebeye y le pedí una carta de invitación para poder ir a la Embajada de Estados Unidos.

Poco antes de la entrevista en la embajada, oré: “Señor, realmente no quiero ir a ese lugar, porque ahora tengo una buena vida. Antes quería hacerlo, pero ya no. Por favor, haz que no me den la visa”.

En la embajada, el funcionario consular me preguntó:

—¿Por qué quiere una visa de los Estados Unidos?

—Porque voy a la Isla de Ebeye, en las Islas Marshall para ser misionera —respondí.

El funcionario miró la pantalla de su computadora. No me pidió la carta del director de la escuela, no me pidió ninguna información bancaria. Solo miró su pantalla.

—Está bien —dijo finalmente—. Tendrás tu visa en un mes.

Con esas palabras, me di cuenta de que Dios estaba abriendo las puertas para que fuera allí, y ahora tenía que cumplir mi promesa. Así que, dejé todo: mi trabajo y mi vida en México. Me despedí de mi familia y me mudé a una isla de 32 hectáreas y 12 mil habitantes, en el medio del Océano Pacífico.

Luego de más de un año de servicio en Ebeye, no me arrepiento. Cuando empecé a enseñar en el salón de quinto grado, solo uno de los niños era adventista. Con la ayuda de un amigo de Hawái, pude regalarles Biblias a todos mis alumnos para Navidad. ¡Cinco de ellos se bautizaron durante el año escolar!

Algunas personas aún me preguntan: “¿Por qué dejaste tu trabajo en México? Ahora no tienes nada”.

Siempre respondo: “Pero lo tengo todo. Soy feliz aquí, y sé que Dios tiene un plan”.

Lo que me sorprende es que intenté varias veces viajar a Ebeye durante cuatro años, pero solo lo conseguí en 2016. Creo que Dios tenía un plan. No sé cuál sea ese plan, pero sé que existe y lo revelará en el momento perfecto.

Raian G. Villacruel, el director de la Escuela Adventista de Ebeye, comprende que la voluntad de Dios era que Nerly llegara en el momento en que lo hizo. ¡Con el 25 por ciento de sus alumnos bautizados, su aula ha bautizado más jóvenes que cualquier otra! Parte de la ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre ayudará a realizar reparaciones muy necesarias en las deterioradas aulas de esta escuela. Gracias por sus ofrendas misioneras.